

Introducción

Prólogo

Parte I: Parábolas

Parábola del tesoro
Parábola de una semilla
Parábola de la fiesta
Parábola de los talentos
Parábola del amor solícito
Parábola de la paciencia
Parábola de la humildad
Parábola de la fe
Parábola de la levadura
Parábola de la autonomía familiar
Parábola del camino compartido
Parábola de las oportunidades
Parábola del reto de la vida
Parábola del optimismo
Parábola de la competencia
Parábola de la fidelidad
Parábola de las diferencias
Parábola de la responsabilidad
Parábola del perdón
Parábola del amor realista
Parábola del don más importante
Parábola de la honestidad
Parábola de la indiferencia
Parábola del milagro del amor
Parábola del árbol bueno y del árbol malo

Parte II: Temas de interés

1. La vocación al matrimonio
2. Movidos por el amor para el amor
3. La indisolubilidad “como en el principio”
4. La fidelidad, signo de otro desposorio
5. Al servicio de la vida
6. Paternidad-maternidad responsables
7. La familia una “Iglesia doméstica”
8. Cristo, centro del matrimonio y de la familia

9. Tentaciones del matrimonio y la familia
10. Decálogo de la vida familiar cristiana
11. La Virgen María, la madre ejemplar
12. El Sacramento del Matrimonio
13. Rito del Sacramento del Matrimonio

Apéndice I:133

Lecturas bíblicas relacionadas con el matrimonio

Apéndice II: Glosario

La vida..

El matrimonio cristiano

La familia

Apéndice III: Oraciones

Por las familias

A la Sagrada Familia por la familia

A la Virgen María por la vida

Introducción

Y les dijo una parábola:

El misterio del Reino de los Cielos es semejante a dos jóvenes, hombre y mujer, que caminando por la calle un día se encontraron, se saludaron y comenzaron a platicar. La plática fue tan amena que, cuando llegaron al pueblo, el hombre invitó a la mujer cortésmente a pasar a un café para tomar algo juntos y seguir platicando. Siguieron charlando, pasaron las horas y, como ya estaba oscureciendo, la joven se despidió pues la esperaban en casa antes de las diez. Los dos vivían en el mismo pueblo pero hasta este día no se habían visto nunca.

Concertaron una cita para el día siguiente a la misma hora en la misma cafetería y ahí se encontraron los dos puntualmente a la hora convenida: de nuevo la conversación se extendió sin que se dieran cuenta de cómo pasaba el tiempo y una vez más comenzó a anochecer, despidiéndose ellos con la intención de verse otra vez al día siguiente y al siguiente y al siguiente. Pasaron así los días y luego los meses y después de dos o tres años de verse, el joven se atrevió a decirle a su amiga: “¿Y si nos casamos?”, a lo que ella respondió rápidamente: “Es lo que yo estaba pensando”, fundiéndose los dos en un largo y efusivo abrazo: la próxima entrevista sería en casa de la joven para ver a sus padres y pedirla en matrimonio...

Tras una corta espera llegó por fin la fecha feliz en que, con la voz entrecortada por la emoción, los dos novios se tomaron por esposos ante Dios y ante la Iglesia y se juraron fidelidad eterna tanto en lo próspero como en lo adverso, en la salud y la enfermedad: unidos en adelante en matrimonio cristiano, su vida fue de continuo empeño en amarse y servirse mutuamente en medio de las más variadas circunstancias, aunque en su mente y su corazón habían quedado grabadas indeleblemente las palabras que el día de su boda habían

escuchado en la segunda lectura de la Misa, tomada de la carta de San Pablo a los Efesios: *“Así como la Iglesia está sujeta a Cristo, así también deben estarlo las mujeres a sus maridos en todo. Maridos, amen a sus mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella para santificarla y presentársela resplandeciente a Dios, sin mancha ni arruga ni cosa parecida, sino santa e inmaculada”*.

Pronto aquel amor fue compartido con el primer hijo, con el segundo, con la tercera y con todos los que el Señor les dio la gracia de recibir y si bien sobrevinieron problemas, dificultades, enfermedades y todo tipo de pruebas, ellos, creciendo en el amor recibido de Dios en el sacramento del matrimonio, vieron cómo crecían sus hijos, felices de compartir su cariño, su compañía y sus cuidados, pues –como dijo también San Pablo– *“El amor es paciente, es servicial; el amor no tiene envidia, no es orgulloso, no se engríe, es decoroso; no busca su propio interés, no se irrita, no toma en cuenta el mal y no se alegra de la injusticia, sino se alegra con la verdad. Todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta: el amor no acaba nunca.”*